

por el sonido. Y lo que es más, ¿no os parece que está interiormente organizada, cuando, al seguir el procedimiento de Chladni, vemos aparecer en su superficie las figuras más geométricas más regulares, cuyo cambio continuo se halla en íntima relación con el punto de contacto que se ha elegido para hacerla vibrar?

Estas y otras delicadísimas observaciones se someten á la consideración del criterio moderno para convencerle de que donde quiera que se dirija la mirada se halla movimiento, formación y transformación; en todas partes se manifiesta la vida de la naturaleza entera y de los seres particulares; más breve, la naturaleza es un sér animado en toda su integridad.

Nosotros no hacemos otra cosa más que exponer la doctrina, y si nuestro escasísimo talento nos desautoriza para recomendarla como verdadera, séanos permitido consignar tan siquiera una opinión, por demás humildísima, como nuestra, y es la de que esta gran concepción del universo mundo, lejos de ser rayana del ateísmo, engrandece á la creación y pone por tanto en más palmaria evidencia la Sabiduría infinita. Una gran ley siempre implica un gran legislador. De suerte, que, admirando la vida, como la gran ley del universo creado, elevamos un himno de admiración y un canto de reconocimiento al Hacedor supremo.

Que es una gran ley la vida universal, nadie intentará negarlo; pues con dirigir nuestros ojos á todos los órdenes de seres podemos reconocerla y admirarla. Como afinidad, atrae las llamadas moléculas; como atracción, sostiene los mundos; como fuerza productiva, es la renovación del cosmos y como sentimiento abre las puertas del infinito.

Reconozcamos y admiremos, pues, esa gran ley en la atracción de los elementos cósmicos, que se observa en el reino mineral; reconozcamos y admiremos esa gran ley en el brevísimo himeneo de las plantas, que crea perfumes, formas, colores, gracia y riqueza, variándolo todo y todo prodigándolo, presentándonos columnatas de oro, palacios de abillantada pedrería, tálamos de terciopelo, cortinajes de azul y mantos de púrpura, á fin de hacer más hermosa la necesaria voluptuosidad de la naturaleza; reconozcamos y admiremos esa gran ley en el insecto que zumba, en el pájaro que canta y en el leon que ruga; reconozcamos y admiremos por fin, esa gran ley en el hombre que, reasumiendo el universo, goza de la plenitud de la vida engrandeciéndola con todos los encantos de lo bello y de lo infinito, en virtud de su propia razón. Y es lo cierto: la vida en el hombre dilata todavía mas su horizonte. Despiértase en nosotros un cierto sentimiento que la eter-

niza. Permítasenos la frase: el primer impulso de dos racionales que se quieren es pensar en otra vida, cual si la Naturaleza hubiese inspirado al amor una clara revelación de la inmortalidad. *Spes illorum immortalitate plena est.*

ISIDORO FRIAS.

CANTARES

UNA cayó en una rosa
de dos gotas que iban juntas,
otra en el lodo cayó,
¡mira lo que es la fortuna!

* * *
Yo vi de un corazón viejo
brotar un amor de niño,
como de cepa arrugada
sale jugoso racimo.

* * *
En la fuente del placer
mana el agua gota á gota;
mas la fuente del dolor
á caños llenos la arroja.

* * *
Siempre niño es el amor;
siempre joven la belleza;
la dicha está por nacer;
la experiencia siempre es vieja.

* * *
Yo quiero un primer amor,
que gusta un fruto temprano,
y es poco alegre espigar
campo que otros han segado.

* * *
Entre el amor y la muerte,
el primero es el que priva,
que el primero solo mata,
y el amor da muerte y vida.

* * *
En la muerte de mi amada
lo que más me sorprendió,
fué ver que al siguiente día
se atrevió á salir el sol.

* * *
En el jardín de tu cara
no dejes que planten besos;
es flor que muy poco dura
y echa á perder el terreno.

* * *
Anoche exhalé un suspiro
sobre las olas del viento,
y el viento no corrió más,
que no pudo con el peso.

* *

La Muerte le salió al paso
y así le dijo á mi niña :
—Si me das tus ojos negros
trabajaré más deprisa.

MELCHOR DE PALAU.

LOS MALOS EJEMPLOS

DE AURELIANO SCHOLL

HACE pocos días que he comprado una esfera terrestre, con ánimo de abarcar bajo mis dedos todos los puntos del globo en que la humanidad se agita. El instrumento geográfico campea sobre su zócalo, en medio de mi despacho, ostentando el fondo azul, donde se destacan los festoneados continentes, y las islas marcadas por puntos casi imperceptibles.

Arriba se vé la pequeña Europa, la extendida Asia y el busto de América. En la otra mitad la dilatada Africa, la Australia, y la América desde la cintura hasta los pies. Este último es el mayor de los continentes: divide el mar en dos partes, y recorre el planeta casi de uno á otro polo. Y sin embargo, este gran continente es el último que ha sido descubierto. Parece, por razón natural, que América debía haber sido la destinada á descubrir Europa... ¡y ha sucedido lo contrario! En ésto, como en otras muchas cosas, lo más pequeño se ha llevado la palma.

Desde que la esfera me pertenece, y tengo la totalidad de la tierra en mi gabinete, mis ideas se modifican. Mido el mar equinoccial desde Sumatra hasta Guayaquil, y me pregunto qué papel representaría el más opulento y altivo personaje de Europa si le colocaran en uno de aquellos bagios, y en qué vendría á parar el orgullo nobiliario de algunas gentes, siendo abandonadas en un témpano, en un *iceberg* al Norte del mar de Baffin. Me imagino en la tierra de la Desolación á los ricos banqueros de las ciudades más comerciales de Europa, buscando mariscos con qué saciar su apetito, y concluyendo por devorarse mutuamente...

En aquellas latitudes, los personajes más robustos y orondos adelgazarían hasta el punto de no tener más que la piel sobre los huesos; y los que acostumbran pagar al sastre cantidades anuales de diez mil francos, se consolarían allí fácilmente con una mezquina piel de carnero.

Pero, ¿hay necesidad de ir tan lejos en busca de la tierra de Desolación? No; existen muestras

de ella en todas las capitales populosas de Europa. Hay barrios tan rigurosos para la gente que los habita, como la nieve y los hielos de la Groenlandia. Lo vida es tan árida y el pan tan raro en numerosos puntos habitados por la civilizada especie humana, como en los desiertos de la Nubia y de Kalakari...

En las calles y en las plazas no solemos ver más que la parte decorativa de la sociedad. Los dramas se representan detrás de los telones; y todo lo que observamos no es otra cosa que el resultado de una pura convención.

Nos reímos de los trajes de los rajaha; ellos se reirán en cambio de algunas rarezas indumentarias usadas entre nosotros.

Hallamos estravagantes las plumas con que se adorna el guerrero africano, y nosotros atamos una cola de caballo al casco de nuestros coraceros.

El *papak* de los persas nos asombra, y nos olvidamos de los tricorpios de diversos tamaños que cubren la cabeza de respetables europeos.

La especie humana vive sometida á la vanidad donde quiere que se encuentre. El más insignificante diputado, por ejemplo, no trocaría su importancia por la de un jefe de tribu; es verdad que el jefe de tribu, á su vez, se negaría á cambiar su posición con la del diputado.

La historia misma se encarga de probarnos que todo es convencional sobre la tierra. No hay crimen ni delito alguno cuyo ejemplo no pueda encontrarse en elevadas regiones.

Y tales faltas han sido castigadas ó han quedado impunes, según el tiempo en que se han verificado y según la posición de los culpables.

Imaginemos, para aclarar este punto, un gran criminal.

Supongamos que ha sido preso y que va á ser juzgado por los tribunales.

El acusado es un hombre de cuarenta años; su fisonomía no indica la enormidad de los crímenes que ha cometido.

El juez lo interroga.

—¿Cómo os llamais?

—Pobrediable.

—¿Dónde nacisteis?

—En cualquier parte.

—¿Qué edad teneis?

—La de todo el mundo.

JUEZ.—Habeis recibido una educación detestable.

POBREDIABLE.—No he recibido ninguna.

J.—¿Dónde aprendisteis los crímenes de que se os acusa?

P.—En la historia: quise instruirme, y esto es lo que me ha perdido.

J.—Citado á comparecer ante el juez de paz.